

Las telecomunicaciones tienen cada día un mayor peso, tanto económico como mediático, en la realidad latinoamericana de fin de siglo; pero paralelamente vamos quedando rezagados con estudios y propuestas legales impregnados de intereses democráticos, desde sectores académicos y/u oficiales.

■ Andrés Cañizález

El tema del vertiginoso crecimiento de las telecomunicaciones, de sus posibilidades tecnológicas y de las importantes alianzas que se están tejiendo en el escenario mundial, ha pasado más bien de lado en los recientes abordajes académicos que en la investigación comunicacional se viene haciendo desde América Latina. La excepción podría ser Brasil. Percibimos cierta distancia, no pocas veces fundada en el desconocimiento, hacia una temática que de lejos arrojará la realidad mediática de nuestra región en los años venideros.

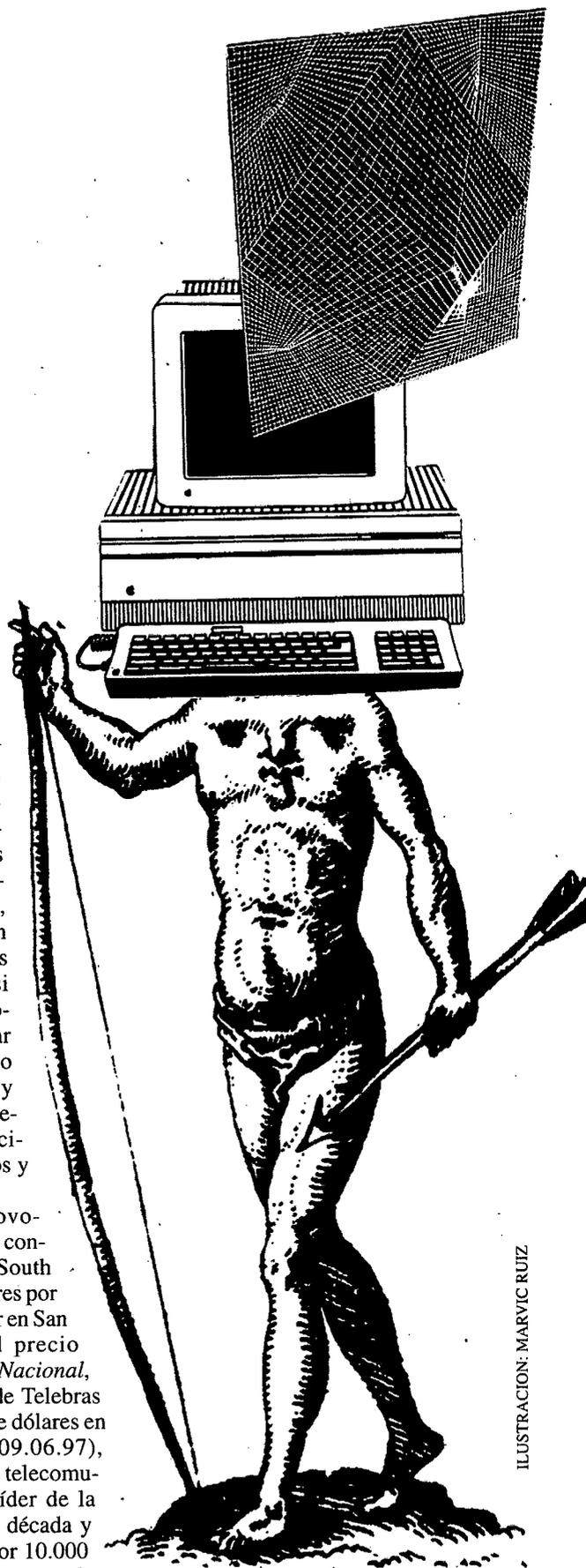
La intención de nuestro acercamiento al tema no pasa por la fascinación que también prevalece en otros sectores, para los cuales las nuevas tecnologías, entre las que contamos las modernas telecomunicaciones, significan en sí una democracia comunicacional, a la que por lo demás - en su genuina expresión- apuesta esta revista que arriba ya a su número 100.

Sin embargo, no podemos desligarnos de una preocupación cada vez mayor al constatar que por un lado las telecomunicaciones tienen cada día un mayor peso, tanto económico como mediático, en la realidad latinoamericana de fin de siglo; pero paralelamente vamos quedando rezagados con estudios y propuestas legales impregnados de intereses democráticos, desde sectores académicos y/u oficiales.

EL TREN QUE PERDEMOS

Si bien en el llamado mercado global de las telecomunicaciones y la información el mayor peso se inclina a Estados Unidos (33%), Europa occidental (32%) y Japón (14,5%), América Latina representa en la presente década uno de los puntos geográficos con casi una duplicación -por ejemplo- de la telefonía móvil celular (Santillana, 1995). Países como Venezuela, México, Brasil y Argentina aparecen como escenarios posibles para el crecimiento acelerado de mercados y servicios (Aguirre, 1997).

Las potencialidades provocaron que en julio último el consorcio estadounidense Bell South pagara 2,45 millardos de dólares por un contrato de telefonía celular en San Pablo, «cuadruplicando el precio pedido por el gobierno» (*El Nacional*, 12.07.97). La privatización de Telebras significará 12.000 millones de dólares en 1998 (*Fortune Americas*, 09.06.97), mientras que en Colombia las telecomunicaciones serán el sector líder de la economía a la vuelta de una década y tras un plan de inversiones por 10.000 millones de dólares (*El Universal*,



ILUSTRACION: MARVIC RUIZ

Latinoamérica y telecomunicaciones

Tendencias globales y retos democráticos

06.06.97). En Venezuela, ya en 1997, a tres años de lo que se espera sea el verdadero 'boom', el sector «constituye hoy la segunda industria en importancia económica para el país» (*El Universal*, 01.04.97).

Siendo nuestro interés el socio-cultural-comunicacional, traemos a colación las cifras para alertar que sería totalmente absurdo dejar exclusivamente en manos de los expertos, hombres de negocios y empresas del ramo, tan crucial tema que cruzará por diferentes vías la realidad latinoamericana en el siglo que estamos próximos a comenzar.

Insistimos en que desde los sectores académicos, sociales y políticos, no ha sido abordado el tema en su justa dimensión. Perdemos un tren no sólo al distanciarnos de la temática, también al esconder la cabeza como si el asunto no tuviera nada que ver con quienes desde la comunicación apostamos por sociedades democráticas. Indudablemente nos topamos con una realidad que amenaza ya con avasallarnos, con proyecciones que nos indican la profundización de brechas (Jesús María Aguirre e Ignacio Ramonet coinciden en usar los términos de «info-ricos» e «info-pobres»).

Sin embargo, el que nuestra postura sea crítica ante esta injusticia, ya no sólo económica, no nos debe conducir a distanciarnos, sino a aproximarnos, para

desde esa nueva realidad telecomunicacional repensar las posibilidades democráticas.

De forma superficial, podríamos apuntar que nos encontramos principalmente ante un problema de monopolio tecnológico. Efectivamente, «Estados Unidos produce el 80% de las grandes computadoras del mundo y el 68% de las minicomputadoras, y controla más del 80% de la producción mundial de componentes electrónicos indispensables para la fabricación de cualquier elemento de la cadena telemática» (Ramonet, 1992).

Empero una de nuestras preocupaciones centrales apunta más a «la circulación del saber» (Safar, 1995), pues el enfoque de las empresas dominantes en el mundo de las telecomunicaciones van por la línea de poder hacer llegar al mayor número de lugares una producción cuyo lugar de origen es cada vez más restringido. Como tendencias aparecen de forma previsible «una mayor influencia de los patrones norteamericanos de consumo... un abismo cultural entre info-pobres e info-ricos en recursos de saber» (Aguirre, 1997).

En el editorial de nuestra revista número 98, preveíamos que «en adelante las nuevas empresas de telecomunicaciones de todos los países del mundo tendrán que formar parte, sea por la propiedad parcial o sea por afiliación, de las tres o cuatro redes mundiales de telecomunicaciones».

Es una realidad constatable que en acciones concretas o intenciones, el mundo de las telecomunicaciones en América Latina apunta a su 'transnacionalización', en la medida en que las firmas que se hacen de las empresas de la región cuando éstas son privatizadas, son fundamentalmente consorcios internacionales, y en el caso de capitales nacionales, tienen fuertes ramificaciones externas, como sería el ejemplo del Grupo Cisneros, en Venezuela. Este ya no oculta su inclinación por competir en el mercado latinoamericano de las telecomunicaciones (Cañizález, 1997), siendo una de las opciones concretas el tener una participación accionaria en la Bell South, según ha confesado Oswaldo Cisneros (*El Nacional*, 28.06.97).

La CANTV venezolana tiene sus lazos accionarios y operacionales con la estadounidense GTE y Telefónica de España, firma que a su vez hasta su propia imagen recreó en la Telefónica del Perú, mientras «opera en empresas líderes en Argentina, Brasil, Chile y Puerto Rico» (*El Universal*, 19.04.97). La pelea por la privatización de Telebras en 1998 será entre ATT y Bell South, entre otras (*Fortune Americas*, 09.06.97). Esta última se prepara ya para entrar de lleno en el mercado venezolano cuando quede sin efecto el monopolio en el año 2000 y tiene su 'globo de ensayo' en el 54% de acciones de la empresa de telefonía móvil Telcel (*El Nacional*, 28.06.97). Esta tendencia se explica por las importantes inversiones iniciales que significan los proyectos de telecomunicaciones, que no siempre van a producir ganancias inmediatas, pero estos 'desembolsos' están vinculados a una 'demarkación de territorio' a futuro, tal ha sido el caso de la concesión de telefonía rural dada a la estadounidense Infonet, en Venezuela, y el de la telefonía celular de San Pablo, Brasil (Bell South).

En el caso colombiano, por ejemplo, cabría preguntarse cuáles empresas de ese país tendrían disponibilidad económica para afrontar el plan de apertura y desarrollo con inversiones calculadas en 10.000 millones de dólares.

Nos topamos en este fin de siglo con esta marcada preponderancia transnacional en las comunicaciones y la economía, y en el caso concreto de Venezuela (y otros países de la región) cuando tampoco la sociedad civil, ni los sectores académicos y/o políticos, cuentan con «asociaciones capaces de incidir aún en las empresas de los medios, que imponen la ley de la competencia mercantil, prácticamente sin

restricciones» (Aguirre, 1997). Para el autor tampoco es factible pensar, al contrario que en décadas anteriores, en iniciativas de la UNESCO u otros organismos internacionales, aunque se reconozcan los desequilibrios existentes.

Estamos envueltos pues en una falta de debate y análisis sobre la temática, a pesar -según el brasileño César Siqueira- de la «existencia de una fuerte correlación entre los movimientos de globalización de la economía y los de cambio estructural de los sistemas de comunicación, comenzando por la red mundial de telecomunicaciones».

LA AVALANCHA QUE VENDRA

No puede ser llamado sino como avalancha el fenómeno comunicacional que permitirá, entre otras nuevas tecnologías, las telecomunicaciones.

Un caso concreto lo simboliza DirecTV, que en América Latina con participación del Grupo Cisneros (Venezuela), TV Abril (Brasil), Multivisión (México) y Hughes Communications (Estados Unidos) posibilitará el acceso directo a 230 canales/opciones a sus suscriptores en 1998 (Cañizález, 1997), mientras que otros grupos (con Televisa de México y la Red O'Globo de Brasil) preparan una respuesta que apunta en la misma dirección.

El que una persona cualquiera pueda recibir -y no vaya a tener capacidad de procesar o disfrutar- más de 200 canales significa que estamos ante una 'indigesta' comunicacional por el volumen de información. «Para 1994 algunas ciudades de Estados Unidos, como Orlando, poseían 500 canales de televisión por cable (full service network), a pesar de que algunos estudios señalan que un televidente puede ver menos de una decena de ellos» (Colina, 1996).

Otro camino que nos lleva a la sobreoferta viene por el lado de la telemática, constituido por la informática -con la posibilidad de acceso a infinidad de bancos de datos-, unida con las telecomunicaciones, que permiten la transmisión a través del globo de esa información (Ramonet, 1992). Nos recuerda el autor que casi el 90 por ciento de los principales bancos de datos están bajo control de Estados Unidos.

La oferta mediática, posible en mayor medida por el desarrollo de las telecomunicaciones, en asociación con las grandes firmas de la informática y del mundo tradicional del entretenimiento, ha per-

“

Estamos envueltos, pues, en una falta de debate y análisis sobre la temática, a pesar -según el brasileño César Siqueira- de la “existencia de una fuerte correlación entre los movimientos de globalización de la economía y los de cambio estructural de los sistemas de comunicación, comenzando por la red mundial de telecomunicaciones”.

”

mitido esta 'indigesta' que debemos recalcar no es homogénea. Esta sobreoferta de los que tienen acceso -por ejemplo a DirecTV- tiene como contrapartida, en América Latina y el Tercer Mundo en general, una 'desnutrición' informativa: «Casi la mitad de los países en vías de desarrollo sólo tienen una cadena de televisión emitiendo con horarios limitados, muchos de ellos ni siquiera tienen una emisora de radio capaz de cubrir el conjunto del territorio nacional» (Ramonet, 1992). También de forma global «el acceso al paraíso tecnológico resulta muy restringido para el Tercer Mundo, y si no se toman medidas inmediatas, puede introducir una nueva forma de pobreza informativa, que exacerbará la marginalidad de los países pobres» (Cortés, 1996).

Las categorías de «info-ricos» e «info-pobres» tienen varias lecturas en la realidad telecomunicacional internacional. Se pueden aplicar a países, pues las dos caras de la moneda nos muestran la saturación predominante en Estados Unidos, Japón y ahora la Europa comunitaria, mientras ese 'boom' es desconocido en infinidad de países de África, Asia y América Latina. Sin embargo, aún entre los países 'del norte' nos topamos con abismos, pues las nuevas tecnologías tienen un mayor desarrollo para beneficios empresariales, como lo demostró la ATT con la instalación de su Worldwide Intelligent Network, «constituida por comunicaciones... (que) permitirán ofrecer una gama de servicios de comunicación de empresa en el eje Esta-

dos Unidos-Japón-Europa» (Musso en Siqueira, 1995).

Luego, a lo interno de los países Latinoamericanos, por ejemplo, también se evidencian esas brechas con las minorías que sí tienen acceso a las nuevas posibilidades tecnológicas (DirecTV, Internet, TV por cable, etc), mientras sectores mayoritarios desconocen totalmente los eventuales beneficios del fenómeno en marcha.

Para el estudioso estadounidense Herbert Schiller el desarrollo de las nuevas tecnologías no ha implicado grandes transformaciones: «No hay una democratización del entretenimiento y la información, como debería suponerse por el aumento de la oferta televisiva e informática... La mayor parte de la información va a las grandes empresas y al resto del poder» (Horvath, 1990). Ha sido evidente que pese a la mayor oferta, «la producción y edición de mensajes (así como de la tecnología) continúan estando preponderantemente en manos de unos pocos... (mientras que) Si bien los datos pueden reflejar un crecimiento económico importante en el sector, no debemos dejar de considerar que se han creado amplias y mayoritarias bolsas de marginalidad comunicativa» (Colina, 1996).

Más allá del acceso, que también plantea Colina, coincidimos con la directora del ININCO en la constatación del «ensanchamiento de brechas entre quienes poseen y saben manipular la tecnología y quienes están en posición de simples usuarios» (Safar, 1995).

Al abordar el estudio de las telecomunicaciones nos encontramos que cada vez más tienen un peso económico, que se le adjudica con mayor fuerza un rol en las economías nacionales, especialmente en la Latinoamérica de fin de siglo. En ese sentido el sector está inmerso en las tendencias globalizadoras y de libre mercado que llevan a su privatización, desregulación, internacionalización y concentración. «Se acentúa el carácter transnacional de las redes y servicios de telecomunicaciones, y se pronuncia la tendencia hacia la oligopolización» (Safar, 1995).

El debate en Venezuela sobre la nueva Ley de Telecomunicaciones pasa evidentemente por la insistencia de los empresarios de tener «un régimen de libre competencia... un régimen libre en el otorgamiento de concesiones y permisos... (y) no contempla los derechos de los usuarios» (CANTV, 1997). Estas propuestas de CONINTEL se enmarcan en las tendencias internacionales pero que no debemos entenderlas como la verdad única,

pues en Estados Unidos la administración Clinton, con el vicepresidente Al Gore impulsando la Superautopista de la Información, apuesta sí por recursos económicos y tecnológicos de firmas privadas, pero pone un «gran énfasis en el hecho de que la implantación de la sociedad de información creará nuevas posibilidades de desarrollo, que deben ser accesibles para todos los ciudadanos americanos sin discriminación», siendo el concepto de «servicio universal» (Nadal, 1995).

Si eso es válido en Estados Unidos, de donde son originarias las principales firmas del sector, no entendemos por qué no pueden aplicarse dichos criterios en Venezuela u otro país latinoamericano.

La otra tendencia dominante apunta a la concentración, siendo evidente el tejido de alianzas y uniones en el sector internacional de las telecomunicaciones en los últimos meses. Así entre las principales redes, que a su vez incidirán decididamente en diversos países cuando se produzca la liberación total del sector en el año 2000, como acordó la OMC, están ahora en NTT (Japón), con una facturación de 71,9 millardos de dólares; Concert (formada por British Telecom, la estadounidense MCI y Telefónica de España), que globalmente tiene una facturación de 51,5 millardos de dólares (*El Universal*, 19.04.97); mientras que ATT (Estados Unidos) en solitario tiene 49,1 millardos de dólares, pero que unida a la también estadounidense SBC, suma nada menos que 80 millardos de dólares.

Este proceso de agrupaciones mantiene aún a empresas nacionales importantes como la Deutsche Telekom (Alemania) y France Telecom (Francia) con facturaciones independientes por 43,9 y 29,6 millardos de dólares, respectivamente (*El Universal* 10.12.96).

Las sumas mencionadas no hacen más que reforzar la importancia que desde el punto de vista económico tiene el sector, pero dentro de esas tendencias globalizantes es visible igualmente que «se está produciendo una alta convergencia entre infraestructura y servicios que hasta ahora habían estado segmentados o compartimentados en los sectores de la informática, las telecomunicaciones y los sistemas de medios de difusión masiva» (Safar, 1995), con lo cual aparecen en escena para nuevas alianzas firmas como Microsoft, Disney, CNN, etcétera.

LAS OPCIONES QUE TENEMOS

Uno de los retos democráticos que tene-

mos por delante, al evaluar el rol de las telecomunicaciones en las sociedades latinoamericanas de este fin de siglo, es el repensar el rol del Estado en la materia y el proponer marcos legales claros. Ambos factores constituyen algunas de nuestras posibilidades más a la mano, para crear condiciones desde el estudio de las comunicaciones, ante la avalancha ineludible que implicará, desde el punto de vista socio-cultural y económico, el desarrollo pleno de las telecomunicaciones.

Las propuestas de ley en Venezuela están claramente definidas, según desde donde hayan sido presentadas. Desde CONATEL, el Estado, asigna las tareas de regulación y control en la materia, en tanto que CONINTEL, que agrupa a las empresas, visualiza un régimen de libre competencia; en otra parte la propuesta estatal establece los derechos de los usuarios, los empresarios no los contemplan (CANTV, 1997).

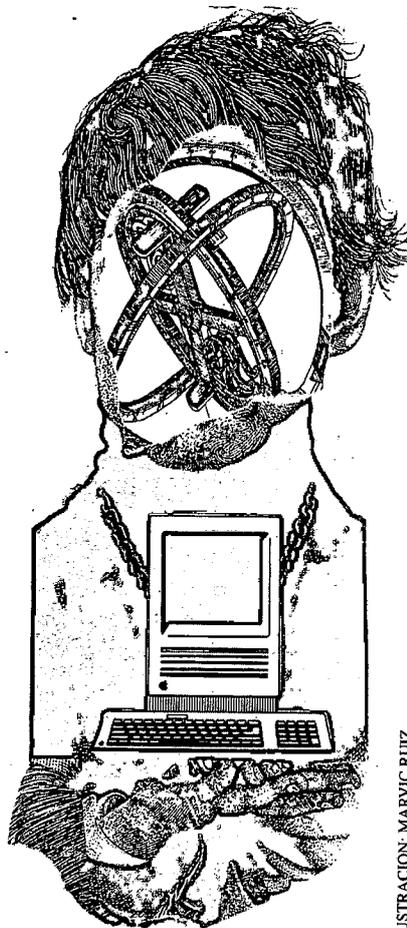
Es necesario recordar que si bien tanto en Estados Unidos como en la Unión Europea prevalecen las opciones liberales en la materia, en el sentido de dar las más amplia libertad para inversiones privadas,

desde el propio Estado se ha defendido la figura de «servicio universal... (cuyas posibilidades de desarrollo deben ser accesibles para todos los ciudadanos)», en el caso estadounidense, mientras que del otro lado se ha propuesto «la dotación a nivel europeo de un conjunto de servicios básicos, y el progreso en la instauración de un marco regulatorio adecuado» (Nadal, 1995).

Sin ir muy lejos, en el caso del amplio desarrollo de las telecomunicaciones previsto para Colombia en los próximos diez años, el ministro Saulo Arboleda Gómez definió claramente el rol oficial: «Tenemos que establecer y ejecutar las políticas, desarrollar mecanismos para atender el servicio de telefonía social, administrar el espectro radioeléctrico, promover la competencia, planificar el crecimiento, proteger al consumidor, determinar estándares. Ese es el rol que estamos dispuestos a asumir» (*El Universal*, 06.07.97). Deberíamos decir que no falta nada más que asumir y esa claridad oficial es la que visualizamos como necesaria en Latinoamérica, no para frenar el impulso telecomunicacional, sino para regularlo en condiciones democráticas. Según Elizabeth Safar, «El Estado tiene un rol importantísimo en momentos (los actuales) en que se están definiendo muchos de los parámetros con los cuales industrias, servicios y usuarios se manejarán en las próximas décadas».

Coincidimos con Migdalia Pineda, en el sentido de que ante el nuevo panorama, el debate «deba organizarse alrededor no de la teoría de la libertad de información, sino de la teoría del control democrático de la información» (Pineda, 1996). Es por ello, que si bien no parece factible revivir el interesante proceso de la década de los años 70, para propugnar políticas nacionales de comunicación, sí es indispensable en este fin de siglo desde América Latina, proponer nuevos enfoques que desde la base de un desarrollo mediático sin precedentes (en pocos años) también tenga como un pilar fundamental el concepto democrático de la comunicación y el derecho social a ella.

El replanteamiento de aquellos debates que tuvieron a la UNESCO como centro, parecen ser vistos como necesarios, pues «Con los nuevos medios, la universalidad del servicio puede ser esgrimida como una legítima bandera democrática, pero también puede ser percibida como un peligro para la diversidad cultural, al imponer una especie de totalitarismo mediático» (Colina, 1996).



ILUSTRACION: MARVIC RUIZ

Si bien, como nos recuerdan autores (Aguirre, 1997), en Venezuela no cabe mencionar aún a la sociedad civil y a los usuarios de los medios como un factor de incidencia en la industria mediática; debemos resaltar el uso que en otros lugares y desde organismos no gubernamentales de América Latina se ha dado a las llamadas nuevas tecnologías.

«Desde hace unos cinco años, con el acceso a las nuevas tecnologías (integración entre la informática y las telecomunicaciones), que generan la capacidad física de intercomunicar en redes y facilitan la creación de sistemas universales y descentralizados de comunicación, el potencial de la acción de las redes se ha incrementado» (Burch, 1994). Como casos concretos, y fruto de los foros de las ONG's en recientes Conferencias Mundiales, están activas redes de mujeres y de medio ambiente.

De lá misma forma ha crecido la Asociación para el Progreso de las Comunicaciones (APC), que gracias precisamente al desarrollo telemático (informático más telecomunicaciones) ha posibilitado la creación de redes locales en decenas de países (en América Latina existen en Perú, Ecuador, México, Brasil y Argentina) a lo largo de los cinco continentes para el debate, el intercambio y la toma de iniciativas en relación a problemas cruciales sobre el desarrollo en el Tercer Mundo. Estos procesos de alianzas son llamados «la globalización de la gente» por el director de la agencia con óptica tercermundista IPS, Roberto Savio.

Como un ejemplo claro de las nuevas potencialidades de la interacción de la sociedad civil, (Agencia IPS, 26.08.96) Savio coloca el que «desde 1995 (y hasta mediados de 1996) los organismos no gubernamentales del norte trasladaron al sur cinco mil millones de dólares, que es seis veces el presupuesto del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)». Compartimos su criterio cuando apunta que «Si la gente decide apropiarse de los sistemas de comunicación puede dar lugar a un proceso nuevo, tejido por innumerables alianzas de la sociedad civil en lucha por sus reivindicaciones y sus objetivos. Estamos todavía muy lejos de algo semejante, pero junto con la globalización están apareciendo nuevas formas potenciales de organización y resistencia que mañana podrían contrarrestarla» (Agencia IPS, 26.08.96).

Esta propuesta es válida, siempre y cuando hablemos de personas o instituciones que sí tienen posibilidad de 'to-

car el cielo' tecnológico, pero «no debemos dejar de considerar que se han creado amplias y mayoritarias bolsas de marginalidad comunicativa, replanteándose de nuevo el viejo problema del acceso» (Colina, 1996), por lo cual insistimos en que uno de nuestros retos democráticos es la defensa del sector de telecomunicaciones en calidad de servicio público.

Al hablar de apropiación teconológica para fines alternativos en América Latina no debemos dejar de mencionar dos casos concretos, que pueden servir de referencia general. Por un lado tenemos la red de radioemisoras «educativas y populares» de la Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica (ALER), que se impuso el reto de comunicarse por satélite, entre sus decenas de afiliadas, en este 1997. Con la excepción de Radio Fe y Alegría, en Caracas y Maracaibo, y alguna otra más, la gran mayoría de estaciones están ubicadas directamente en zonas rurales o marginales, por lo que la posibilidad de interconexión -gracias a las telecomunicaciones- pone como una realidad palpable el poder comunicarse «de pueblo a pueblo», que ya era un interés de la asociación en décadas anteriores y que entonces se recurría al envío de cassettes (por correo) o llamadas telefónicas (limitadas por su costo). Las emisoras - como colectivo- a lo largo de la región comienzan a vivir una nueva era, la del «satélite».

Un ejemplo mucho más publicitado, y que ya ha requerido estudios como fenómeno de comunicación, es el de las redes informativas -gracias a la telemática- utilizadas en México por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). El académico Jesús Galindo Cáceres nos recuerda que paralelo al conflicto y negociación en Chiapas, «se inicia una batalla de información y contrainformación entre los medios controlados por la metalidad oficial, y los medios que abren su espacio a la voz del EZLN... pero además se abre un frente inédito, el de Internet, y se produce la diferencia, un público internacional se vincula al conflicto local y nacional mexicano y toma partido por los débiles. El efecto es inesperado, se configura una opinión pública internacional sin la mediación de los foros tradicionales» (Galindo Cáceres, 1997).

Para el investigador de la Universidad de Colima, «El fenómeno del EZLN configuró otro fenómeno aún mayor al suyo, el de la creación de diversos niveles de comunidad virtual que muestran las posibilidades de otra forma de organización y

cambio». Esta experiencia específica pareciera darle la razón a Roncagliolo, cuando habla de una coexistencia de «la transnacionalización con la localización, lo que ofrecerá escenarios bien diferenciados a la política» (Roncagliolo, 1995).

Eso que el especialista peruano visualiza como tendencia en el desarrollo mediático de América Latina, puede decirse que es aquello de «el futuro está aquí», y la experiencia vivida en México nos pone de relieve las también posibilidades alternativas del sector que hemos abordado a lo largo de estas líneas, el cual signará nuestras vidas (por acción u omisión) en el nuevo siglo que estamos por comenzar.

FUENTES BIBLIOGRAFICAS

- AGUIRRE, Jesús María. "Los medios de comunicación ante las nuevas transformaciones". En: *Demoscopia Venezuela*. COSAR Grupo Comunicacional. Caracas, 1997.
- BURCH, Sally. "Comunicación: desafíos para el nuevo siglo". En: *Servicio Informativo ALAI*. Nro.197. ALAI. Quito, 1994.
- CANTV. "Planteamientos sobre la Ley de Telecomunicaciones". En: *Comunicaciones*. Nro.21. CANTV. Caracas, 1997.
- COLINA, Carlos Eduardo. "¿Superautopista informativa?". En: *Chasqui*. Nro.53. CIESPAL. Quito, 1996.
- CORTES, Carlos Eduardo. "Legislación y desregulación en el nuevo contexto". En: *Chasqui*. Nro.56. CIESPAL. Quito, 1996.
- GALINDO CACERES, Jesús. "Comunidad virtual y cibercultura: el caso del EZLN en México". En: *Culturas Contemporáneas*. Volumen III. Nro. 5. Universidad de Colima. México, 1997.
- HAMELINK, Cees. "Las tecnologías de la información y el Tercer Mundo". En: *Cuadernos de actualidad internacional*. Nro.3. CENDES-UCV y Editorial Trilce. Caracas, 1990.
- HORVATH, Ricardo. "Moderna tecnología y desigualdad social". En: *Voces y Cultura*. Nro.1. Voces y Cultura. Barcelona (España), 1990.
- NADAL, Javier. "Liberalización y servicio público en el debate internacional de las telecomunicaciones". En: *Boletín de Fundesco*. Nro.161. Fundesco. Madrid, 1995.
- PINEDA, Migdalia. "Las nuevas tecnologías y la redefinición de las políticas de comunicación en los años noventa". En: *Comunicación*. Nro.93. Centro Gumilla. Caracas, 1996.
- RAMONET, Ignacio. *La golosina visual*. Editorial Centauro-FACIL. Caracas, 1992.
- RONCAGLIOLO, Rafael. "De las políticas de comunicación a la incomunicación de la política". En: *Nueva Sociedad*. Nro. 140. Editorial Nueva Sociedad. Caracas, 1995.
- SAFAR, Elizabeth. "La convergencia tecnológica y sus perspectivas en la región". En: *Anuario ININCO*. Nro.5. ININCO-UCV. Caracas, 1995.
- SANTILLANA, Ignacio. "Evolución del sector de las telecomunicaciones en el plano internacional". En: *Boletín de Fundesco*. Nro.161. Fundesco. Madrid, 1995.
- SIQUEIRA, César Ricardo. "Economía política, globalización y comunicación". En: *Nueva Sociedad*. Nro.140. Editorial Nueva Sociedad. Caracas, 1995 ■